

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLOGIA
ARTE



SUMARIO:

- La ley del número..... R. Mella
- La guerra..... Varios
- El bálsamo samaritano casero..... Adoptado
- A la masa popular..... A. Lorenzo
- Mecanismo del Universo Tamayo
- Recibos y Notas..... La Dirección

F. HERNÁNDEZ

Biblioteca Nacional **20 Cts.**

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA + ARTE + CIENCIA

RICARDO FALCOO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 247, restaurant "Petit París" -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkins — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESQASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — PARISMINA: Hernán Calzada — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilariño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profesor.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

— 25 de Agosto de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 64

La ley del número

A la gran superstición política del derecho divino de los reyes, dice Spencer, ha sucedido la gran superstición política del derecho divino de los parlamentos. "El óleo santo—añade—parece haber pasado inadvertidamente de la cabeza de uno a las cabezas de muchos, consagrándolos a ellos y a sus derechos."

Examinemos esta gran superstición que ha inspirado al primero de los filósofos positivistas tan elocuentes palabras.

El origen de los parlamentos, ya se trate de países monárquicos, ya de republicanos, es la voluntad de la mayoría, por lo menos teóricamente. Al propio tiempo la supremacía del mayor número descansa en su derecho indiscutible a gobernar directa o indirectamente a todos. Se dice, y apenas es permitido ponerlo en duda, que la mayoría ve más claro en todas las cuestiones que la minoría, y que siendo muchas cosas comunes a todos los hombres, es lógico y necesario que los más sean los que decidan cómo y en qué forma se han de cumplir los fines generales.

De aquí resulta una serie de consecuencias rigurosamente exactas.

La mayoría de los habitantes de un país tiene el derecho de reglamentar la vida política, religiosa, económica, artística y científica de la masa social. Tiene el derecho enciclopédico de decidir sobre todas las materias y disponer de todo a su

leal saber y entender. Tiene el derecho de afirmar y negar cuanto le plazca a cada instante, destruyendo al día siguiente su obra del día anterior. En política, dicta leyes y reglas a las cuales no es permitido escapar. En economía, determina el modo y forma de los cambios, reglamenta la producción y el consumo y permite o no vivir barato, según su voluntad del momento. En religión pasa sobre las conciencias e impone el dogma a todo el mundo bajo penas severas y mediante contribuciones onerosas. En artes y ciencias ejerce el monopolio de la enseñanza y el privilegio de la verdad oficial. Ella dice y fija las reglas higiénicas y la conducta moral que deben seguirse, cuáles funciones sociales corresponden al grupo y cuáles al individuo, en qué condiciones se ha de trabajar, adquirir riquezas, enajenar bienes, cambiar las cosas y relacionarse con las personas. Finalmente, y como digno remate, premia y castiga, y es acusador, abogado y juez, dios todopoderoso que se halla en todas partes, todo lo dispone y sobre todo vigila atento y celoso.

Estas deducciones nada tienen de exageradas una vez admitido que la ley del número es la suprema ley.

Mas como las mayorías no pueden realizar por sí tantas cosas, como no les es dable ocuparse a diario en tan múltiples cuestiones, surge necesariamente el complemento de la ley, la delegación parlamentaria. Y al

efecto, por medio de las mayorías se elige también delegados o representantes que, constituidos en corporación, asumen todos los poderes de sus representados o más bien los del país entero, y así es como se genera el poder omnipotente, el derecho divino de los parlamentos.

Y he aquí que en el seno de esas cámaras o asambleas de los escogidos, se aplica de nuevo la ley radical del número y por mayoría se decreta las leyes a fin de gobernar sabiamente los intereses públicos y privados, que a tanto alcanza la omnisciencia de los legisladores. De este modo un puñado de ciudadanos medianamente cultos, vulgares las más de las veces, alcanza la gracia de la suprema sabiduría. Higiene, medicina, jurisprudencia, sociología, matemáticas, todo lo poseen, porque el espíritu santo de las mayorías se cierne constantemente sobre sus cabezas. Tal es la teoría en toda su desnudez.

Tiéndose por temerario discutirla, por locura negarla. La imbecilidad argumenta injuriando.

Pero la sabiduría expresa la verdad. "El pueblo soberano—dice el positivista inglés—designa a sus representantes y crea el gobierno. El gobierno a su vez crea derechos y los confiere separadamente a cada uno de los miembros del pueblo soberano, de donde emana. ¡He ahí una obra maravillosa de escamoteo político!"

Mas el escamoteo no para en esto. Extiende sus dominios hasta lo más hondo de los sistemas políticos, porque una vez afirmada la ley de las mayorías, se convierte, como veremos muy pronto, en una tremenda ficción que permite a unos cuantos encaramarse en la cucaña del poder y dictar e imponer a un pueblo entero su voluntad omnímoda.

Tratemos, pues, antes de hacer la crítica de la ley, de penetrar este misterio político, poniendo ante los ojos del lector la realidad que encierra.

II

Los países constitucionales, ¿rígenese verdaderamente por las decisiones de las mayorías? ¿Impera en todo o en algo la voluntad de éstas?

Veamos. El gobierno de una nación, de España, por ejemplo, convoca en determinado plazo a elecciones generales. Los partidos hacen sus aprestos para la lucha próxima y llega finalmente el día de la contienda. Por lo menos se presentarán en cada distrito dos candidatos. Éste es el caso más común. No obstante, en algunos se presentarán más y no faltarán aquellos en que el candidato sea único.

Ciñámonos al caso general y admitamos, verdadero mirlo blanco, la más perfecta imparcialidad en la lucha electoral. Hagamos cuentas. Sin citar casos y acumular datos que cada uno puede, sin gran trabajo, buscar por sí mismo, nos será permitido afirmar que generalmente se abstiene de hacer uso del derecho electoral de un 30 a un 50 por ciento de los electores (1). Sentimos no conocer datos exactos respecto a España. Pero en Francia, en un período de singular agitación, esto es, en 1886, de diez millones de electores votaron siete millones, o lo que es lo mismo, se abstuvo cerca del tercio del número de electores; y hace constar el autor de quien tomamos estas cifras que el número de abstenciones adquiere proporciones alarmantes. (2)

(1) A pesar de la reciente ley electoral que hace obligatorio el voto, puede afirmarse que, después del primer ensayo, el número de abstenciones no ha disminuido. De hecho la ley es letra muerta en este punto y si los gobiernos quisieran hacerla cumplir, se verían obligados a llenar las cárceles de abstendidos.

(2) **Estudios penales y sociales**, de G. Tarde. En su análisis del sufragio universal, dice este sociólogo que de 38,000,000 de franceses (Mayo 1886), sólo son electores 10,000,000 (Octubre 1885); de donde resulta que cerca de las tres cuartas partes de la población no tienen derecho a votar.

Urban Gobier en su notabilísimo trabajo publicado en "La Revue Blanche" del 10. de Junio de 1898:

"Las cámaras no representan nada. Los escrutinios son falsos. En la Haute Garonne se han registrado 95 procedimientos fraudulentos; se descubrió que en las listas figuraban 8,000

Si, pues, en circunstancias anormales y en un país donde las luchas políticas son más vivas que en España, se abstuvo de votar un 38 por ciento de los electores, no habrá motivo para que se nos tache de exagerados si asignamos a nuestro país un 40 por ciento de abstenciones, es decir, el promedio de las dos cifras indicadas antes. ¿Cómo se distribuye el 60 por ciento restante? Comunemente el candidato derrotado va a los alcances del candidato triunfante, que es casi siempre oficial. Rarisimos son los casos en que éste tiene doble número de votos que aquél. No será, pues, cargar mucho la mano si atribuimos al candidato derrotado un 20 por ciento de los electores. Recapitulemos: De cada 100 electores, 40 se abstienen, 20 votan al candidato vencido, que suman 60, y los 40 restantes componen esa decantada mayoría a quien representará en Cortes el candidato triunfante. Esta es, sin embargo, una cuenta de color de rosa para los elegidos. Pero aunque no lo fuera, aunque el candidato vencido no obtuviese más que un 10 por ciento de los electores, aunque nos empeñásemos en sumar todo lo favorable forzando los datos del cálculo en beneficio del vencedor, siempre resultaría éste representante de una minoría. Notemos, al efecto, que en todo lo dicho se prescinde de las mujeres, que componen próximamente la mitad de la nación y tienen derechos e intereses que defender como el hombre. Y aun podríamos

electores imaginarios. En Corse, el Consejo de Estado se encontró con 350 electores inscritos en un municipio que se compone de 345 habitantes y 352 con edad suficiente para votar. En Creuse el último censo contiene 69.221 electores y las elecciones arrojan un total de 79.914. Un gran número de diputados es elegido por la mitad, por el tercio o por la cuarta parte de los ciudadanos de su distrito.... La Cámara entera es elegida por cuatro millones y medio de ciudadanos. Todavía de los cuatro millones y medio de votantes, es necesario deducir 500.000 funcionarios esclavos y otros 500.000 parientes que aquéllos arrastran. En esta Asamblea, producto de la minoría de la nación, las leyes son votadas o las resoluciones adoptadas por la minoría. Los últimos órdenes del día gubernamental de la legislatura han sido decididos por los mamelucos, que representan en junto 1.940.000 electores sobre diez millones y medio."

añadir que se prescinde asimismo de los hijos menores de edad que, como ha hecho observar Tarde, gozan de todos los derechos civiles por medio de apoderado (padre, tutor) y debieran también gozar del derecho electoral de una manera análoga. En este caso resultaría que no teniendo derecho a votar las tres cuartas partes de la población (Francia, 1885 y 1886) ningún candidato puede ser expresión de la mayoría de los individuos de su distrito.

Pasemos, no obstante, por alto este cálculo, y veamos en otro orden de consideraciones cuál es la representación real del candidato elegido. Por imparcial que sea un gobierno, por mucho que quiera ceñirse a la legalidad, y nosotros queremos suponer el más ardiente deseo de justicia, no podrá menos de inclinarse con su influencia, aun involuntariamente, la balanza electoral. No hace falta la recomendación expresa, la violencia descarada, el amaño inhumano. Por ley de Naturaleza esta influencia existirá de hecho, influencia si se quiere impersonal, no deliberada, pero por esto mismo más efectiva y eficaz. Los empujados públicos votarán, sin que nadie se lo mande y con o contra su voluntad, al candidato oficial. A su vez los amigos y deudos de éste se verán arrastrados a influir, cuando menos moralmente, con sus palabras, con sus consejos, cerca de cuantos con ellos tengan relaciones sociales de cualquier índole. Las autoridades judiciales, eclesiásticas, militares, etc., aun manteniéndose en la más absoluta pasividad, serán nuevas recomendaciones para que muchos, sin consultar sus propias ideas, voten al candidato del gobierno o del cacique. Verdad que los deudos, amigos y parientes del candidato de oposición harán lo mismo; pero su influencia y su poder serán menores que el poder y la influencia de los elementos gubernamentales.

¿Puede ponerse en duda lo que dejamos dicho? Pues no hagamos ya

cuentas; la aritmética sobra. El elegido no tendrá otra representación real que la de una minoría exigua que acepta sin discutir el representante designado por las autoridades de partido o por el mismo gobierno.

¿Y qué diremos si los candidatos son más de dos? ¿Podrá nunca el elegido representar a la mayoría de los electores? Sucederá siempre que sumados los votos de los derrotados y las abstenciones, la suma arrojará una cantidad superior a la obtenida por el candidato triunfante.

Se nos dirá todavía que en muchos casos no hay lucha electoral, porque el candidato es único. Y bien; cuando en un distrito o localidad sólo se presenta un candidato, es o por la indiferencia del cuerpo electoral, o por la seguridad de que nada se podrá contra la influencia del gobierno. En estos casos la abstención es casi absoluta. Todo el mundo lo sabe y lo confiesa, aunque siempre aparece **legalmente** una nutrida votación. De uno o de otro modo, el elegido representa, cuando más, al propio gobierno y a sus caciques oficiales, y no tiene, por tanto, la representación real de ningún elector.

En la mayor parte de los distritos rurales, que es donde con más frecuencia se da el caso del candidato único, ni siquiera se abren los comicios. Los personajes más influyentes, o los que componen el Ayuntamiento, que casi siempre son aquellos, reúnen un día, y ellos son los que deciden libremente sobre la representación parlamentaria de la localidad. Todos los votos, sin exceptuar uno, el padrón, como suele decirse, es para el candidato previamente designado. Se levanta un acta con las formalidades de rúbrica, y elección hecha. A veces se llega hasta remitir al cacique el acta en blanco. Nosotros lo hemos visto en Galicia, en Castilla y en Andalucía. No pecaremos afirmando que salvo

las formas, lo mismo ocurre en toda España (1)

Estos representantes, de tan extraño modo elegidos, en la mayor parte de los casos no conocen siquiera sus distritos ni éstos les conocen a ellos, y por lo tanto no puede haber entre unos y otros penetración de necesidades ni deseos en los elegidos de velar por intereses que desconocen. El elector, a todo esto, permanece indiferente, como si supiera de antemano que nada tiene que esperar del legislador y que todo se reduce a un juego a cartas vistas.

¿Qué representación puede entonces atribuirse una asamblea de tal manera formada? La de una microscópica minoría, cuanto más.

Supongamos, sin embargo, falso nuestro análisis, y admitamos que cada uno de los representantes de la nación lo es en virtud de la voluntad, libremente manifestada, de una mayoría. Aun así cada representante habrá de hallarse frecuentemente en conflicto entre los intereses generales que la ley manda atender y los particulares que sus electores le exigen sirva. Diráse que colectivamente los diputados producen una resultante armónica que satisface a la vez que al interés común del país a los parciales intereses de cada localidad. Mas aun supuesta aquella metafísica concordancia de intereses, ¿están de acuerdo siempre los representantes en lo que conviene a la nación? Mejor dicho, ¿lo están alguna vez? Y cuando lo están, ¿atienden verdaderamente los intereses y necesidades de sus representados?

Se trata, por ejemplo, de aumentar los derechos de importación del trigo. Los diputados castellanos querrán el aumento. Pero los diputados gallegos, valencianos, aragoneses,

(1) La ley electoral a que antes hemos hecho referencia ha venido a proporcionar un cómodo expediente para tener fácil representación parlamentaria sin el escándalo previo de estas falsas nutridas votaciones. Ha **legalizado la trampa.**

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número

etc., pretenderán que los trigos entren libremente en España. Si se trata de tejidos, Cataluña tendrá opinión contraria a la de gran parte del resto del país. Si de vinos, Andalucía y Castilla, por ejemplo, no opinarán como Galicia y Asturias. ¿Qué ocurrirá? Que los diputados, atentos sobre todo a las instrucciones del gobierno, no a la voluntad del país, que por otra parte no puede formularse en una expresión unitaria, entrarán en transacciones y acomodamientos, de los que resultará una ley contradictoria e incolora, una ley que no satisfará ningún interés público ni privado, una ley que dejará descontentos a todos y levantará tempestuosas protestas; una ley, en fin, que no satisfará más intereses que el interés gubernamental, una amalgama burdamente hecha en beneficio del legislador.

Los parlamentos representan colectivamente a sus respectivos países. Un grupo heterogéneo de hombres se atribuye la representación de toda una nacionalidad. Su misión es obrar de acuerdo con las necesidades generales, no con las de cada grupo de electores. Esto es, al menos, teóricamente. Pero ¿cómo conocerán los representantes el interés y las necesidades generales si no pueden siquiera darse cuenta de las necesidades e intereses más inmediatos de los grupos que los eligieron? En la práctica las cosas ocurren de otro modo. Los representantes del país procuran acomodarse por conveniencia lo más posible a las necesidades supuestas de la comarca a que pertenecen; pero resulta que aunque los diputados castellanos voten lo que desea Castilla, por ejemplo, siempre serán vencidos por el resto de su colegas de Parlamento, y así los castellanos tendrán que soportar las imposiciones de las demás comarcas. Y esto se generalizará, a menos que por una sola vez en la historia se dé el caso de que diez y seis o veinte millones de hombres estén de acuerdo en la adopción de una

ley, de una regla cualquiera. De aquí que no haya ley que satisfaga verdaderamente los generales intereses y necesidades y si una cierta entidad metafísica, vaga, indeterminada, una sombra; pero sombra sin cuerpo, que a tanto alcanza la ficción legislativa gubernamental.

Esto aparte, se comprende bien que en virtud del procedimiento mismo, ninguna ley cumpla los amplios fines que se le atribuyen. Elegidos los miembros del Parlamento por sufragio, aun habiendo obtenido cada uno de ellos verdadera mayoría de votos, quedan naturalmente huérfanos de representación muchos grupos de ciudadanos que restan, por tanto, su conformidad a las leyes formuladas. Y como luego éstas nunca tienen a su cuenta la unanimidad de pareceres del cuerpo legislador, resulta que a toda ley hay que restarle, la conformidad de los electores derrotados en los comicios, la de aquellos que representan los diputados que disienten de la mayoría, y por fin, la de los electores abstentidos; lo que traducido al lenguaje de la brevedad, quiere decir que hay que restarle la opinión de la inmensa mayoría del país.

Todavía tendremos que atender los argumentos de los federales. Nos dirán que todo lo expuesto es rigurosamente cierto; pero que ocurre a causa del sistema centralizador que informa nuestra organización política. Entendámonos. Lo que hemos dicho respecto de los parlamentos nacionales, no dejaría de ser cierto aplicado a parlamentos comarcales, no deja de serlo respecto a los municipios. La federación fracciona el hecho, no lo destruye. Lo que hoy es cierto para una nación grande, lo sería mañana para la serie de naciones chicas federalmente constituidas. La autonomía no hace más que contraer la cuestión a una esfera más reducida. Además, aun dentro de la federación queda en manos del poder central una porción de asuntos; de modo que entonces habría casos en

que nuestra crítica sería perfectamente aplicable a las asambleas nacionales y otros en que lo sería igualmente a las cámaras cantonales y a los municipios. Porque el mal no nace del espíritu más o menos centralizador de un organismo, sino de la legislación y del despotismo numérico que, como principio de acción política, aceptan lo mismo el federalismo que el unitarismo.

De hecho, pues, cualquiera que sea el sistema político, resulta siempre que es una minoría la que gobierna.

Aun prescindiendo de la inmensa inmoralidad del cuerpo electoral, de los desafueros del caciquismo y de la poderosísima influencia oficial, que no son, como se dice, un mal solamente en España, sino que coge de arriba abajo a todas las naciones constitucionales, la ley de las mayorías es una ficción, ficción formidable que permite el agiotaje organizado descaradamente por los que han hecho de la política profesión lucrativa y a su amparo acrecientan sus riquezas por medios más bajos que los que empleaba en Sierra Morena o en los montes de Toledo el bandido clásico de la clásica tierra del Quijote y Sancho.

Y no cabe argüir que con la generalización del sufragio y el triunfo de la democracia será verdad la ley del número.

Aparte el ejemplo que nos dan las naciones republicanas, conviene recordar el período de la revolución en España, con sus diputados impuestos desde abajo a garrotazo limpio, cuando no a tiros; conviene recordar que a falta del caciquismo gubernamental, subsiste siempre el caciquismo de localidad y de partido, el caciquismo de comité; conviene recordar que durante aquel período se persiguió, atropelló, encarceló y deportó a cuantos estorbaban por impacientes, por internacionalistas y por mil motivos pequeños, y que tal persecución no tenía otro objeto que el de asegurar una aparente ma-

yoría cuyo apoyo era necesario para mantenerse en el poder.

Y en último análisis, si se quiere y se insiste en que la más perfecta equidad democrática haría caer por su base nuestra crítica, todavía preguntaremos: ¿Y cómo se garantizará la igualdad de condiciones y la libertad, por tanto, de emitir el voto al campesino que depende del jornal que le da el amo, y del usurero que le presta, y del monterilla que le amenaza? ¿Cómo se hará para que el cura con sus anatemas y excomuniones no coarte la libertad personal? ¿Y qué, para que el siervo del taller pueda votar contra la voluntad del patrono, para que el fabricante no arrastre unos cuantos centenares de votos con la simple amenaza, expresada o no, de la privación del pan para el día siguiente? ¿Cómo proceder para que la inmensa mayoría de la sociedad, que vive bajo la dependencia humillante de la minoría adinerada, pueda votar libremente?

El obrero y el campesino saben bien que no disponen de su voto, que es para el amo aunque éste no lo pida. En millares de casos basta el temor de la pérdida del jornal para que el obrero y el campesino abduquen voluntariamente todo derecho individual. El empleado público y el de empresas particulares piensan lo mismo, y sin esfuerzo ofréncense de antemano a la esclavitud y a la anulación de su voluntad. El industrial y el comerciante en pequeña escala no olvidan sus compromisos con el gran capitalista que cobra letras de cambio o sirve pedidos que muchas veces es necesario pagar tarde y mal. La libertad soñada se escurre así de entre las manos. Y esto no hay monarquía ni república que lo destruya.

Inútil, completamente inútil extremar la cuestión. La ley de las mayorías trae aparejado el imperio despótico de los menos, de los que tienen el privilegio del señorío, no otorgado voluntariamente por talentos o

virtudes reconocidas, sino impuesto por amaños e iniquidades de toda especie.

La superstición será bastante poderosa para que continúe creyéndose locura el simple hecho de dudar de la virtud, de la sapiencia de las mayorías y de la bondad de sus de-

terminaciones; pero la experiencia y el entendimiento prueban la falsedad de la ley de las mayorías, que se convierte irremediabilmente en el despotismo sin freno de los menos.

R. Mella.

(Continuará).

La guerra

Al llegar a la edad del servicio militar es menester someterse a las órdenes inmotivadas de un presumido o un ignorante. Es necesario admitir que lo que hay de más noble y más grande, es renunciar a tener una voluntad para hacerse el instrumento pasivo de la voluntad de otro: acuchillar, y hacerse acuchillar, sufrir el hambre, la sed, la lluvia, el frío, hacerse mutilar sin saber nunca por qué, sin otra compensación que un vaso de aguardiente el día de la batalla, la promesa de algo impalpable y ficticio que da o niega con su pluma un periodista en su despacho bien caldeado, la gloria o la inmortalidad después de la muerte. Oyese un disparo, el hombre indepediente cae herido, sus compañeros lo rematan pisoteándole al andar, se le entierra medio vivo y a partir de entonces puede gozar de la inmortalidad. Sus camaradas y sus parientes le olvidan. Aquello por lo cual dió su dicha, su sufrimiento, su vida, nunca lo conoció. . . Y por fin, algunos años después, se van a buscar sus huesos emblanquecidos, y con ellos se fabrica negro de marfil o betún inglés para lustrar las botas de su general.

ALFONSO KARR.

Aprendí con la disciplina a saber que el cabo tiene siempre razón cuando habla al soldado, y el sargento cuando habla al cabo, y el subteniente cuando habla al sargento primero, y así sucesivamente hasta al mariscal de Francia, aun cuando todos ellos dijeran que dos y dos son cinco y que la luna brillaba en pleno mediodía.

ERCKMANN CHATRIAN.

Y hombres de carácter dulce se dejan engañar y van a arrojarse uno sobre otro

con ferocidad de animales salvajes, ejércitos furiosos de pacíficos ciudadanos a los que una orden inepta les pone en la mano un fusil. Dios sabe por qué ridículo incidente de fronteras o por qué mercantiles intereses coloniales. Marcharán como corderos al matadero, sabiendo que van a él, sabiendo que abandonan a sus mujeres, sabiendo que sus hijos tendrán hambre.

EDUARDO ROD.

La única función de la guerra fue en todo tiempo procurar a un pequeño número de hombres el poder, los honores y las riquezas a expensas de la masa, cuya credulidad natural y cuyos prejuicios, mantenidos y creados por ellos mismos, explotan esos hombres.

CAPITAN GASTON MOCH.

Si mis soldados comenzasen a pensar, ninguno quedaría en mis filas.

FEDERICO II.

El arma más bella es siempre un arma maldita; regocijarse con la victoria es regocijarse con el asesinato de los hombres.

LAO-TSE.

La guerra contra la guerra está declarada hace mucho tiempo por la vanguardia de la humanidad.

VICTOR HUGO.

La doctrina de los doukhobors es esta: "Vosotros queréis hacer de mí un cómplice del asesinato—debe decir y dice todo hombre sensato que no ha vendido ni oscurecido su conciencia.—Vosotros me exigís mi dinero para fabricar las armas y además me ordenáis que me aliste en

las bandas de asesinos. Pero yo profeso la ley que vosotros mismos profesáis, y que desde hace muchos siglos me prohíbe, no solamente el asesinato, sino toda animosidad contra mis semejantes. Es por esto por lo que no puedo obedeceros."

He aquí por qué todos los esfuerzos del gobierno ruso se han concentrado para aniquilar la influencia moral de los doukhobors, por aislarlos y desterrarlos.

Pero a pesar de todo, la lucha emprendida por los doukhobors ha abierto los ojos a millones de hombres. Yo conozco

centenares de militares, viejos y jóvenes, que viendo las persecuciones de que son objeto los dulces y laboriosos doukhobors, comenzaron a dudar de la legitimidad de sus funciones guerreras. Yo conozco hombres que por primera vez en su vida han pensado en la verdadera significación del cristianismo al ver cómo viven estos cristianos y por qué causa son perseguidos.

Tal es esta otra guerra de los hombres pacíficos y tales sus consecuencias.

León Tolstoi.

El bálsamo samaritano casero

El nombre que lleva esta preparación farmacéutica, casi olvidada hoy, ofrece motivos de referir algo de su historia, dice el Dr. Olmedilla y Puig en *El Mon. de la Far. y de la Terp*. Se ha perpetuado a través del tiempo y de las generaciones, sin saberse acaso por muchos la razón de haber dominado de tal suerte. Refiere la tradición la siguiente parábola, consignada en el Evangelio de San Lucas. Parece ser que un Doctor de la Ley que quería pasar por muy justo, dijo a Jesús:

—¿Quién es el más cercano a la justicia?

Y le respondió el Maestro:

—Oye lo que voy a decirte. Un hombre que baja de Jerusalem a Jericó cae en manos de unos bandidos, que le roban, lo maltratan y lo dejan moribundo. Pasaron por aquel sitio varias personas sin reparar en la víctima. Pero un samaritano que seguía el mismo camino se compadeció; se aproximó a aquel desgraciado, vertió sobre sus heridas aceite y vino y se las vendó. Después le colocó en su caballo, le condujo a una posada y le prodigó toda clase de cuidados. Al día siguiente entregó al posadero las últimas monedas que poseía, y le dijo: "Cuidad a este hombre, y cuanto gastéis con él yo os lo entregaré a mi regreso." Cuál os parece más próximo a la perfección?

Respondió en seguida el Doctor:

—El que ha sido más misericordioso.

—Pues bien—le dijo Jesús—; **haced siempre lo mismo.**

En esta sencillísima parábola del samaritano se halla sintetizado el dogma de la fraternidad humana.

Después se ha citado por muchos literatos, filósofos y hombres de ciencia, en diferentes conceptos, el medicamento referido.

Cervantes dice con tal motivo lo siguiente, hablando de las aventuras de don Quijote en la venta que pensó era castillo:

—Levántate Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad creo lo he menester bien ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que este fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a obscuras donde estaba el ventero, y le dijo:

—Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido, por las manos del encantado moro que está en esta venta.

El ventero le proveyó de cuanto quiso, etc. En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto, etc."

Más adelante dice: "Verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pendenencias por peligrosas que fuesen."

Estas brevísimas indicaciones dan a entender que el Príncipe de nuestros escritores sabía la existencia del referido medicamento, aunque con alguna pequeña variante, dándole la denominación de bálsamo de Fierabrás.

En la cuarta edición de la Farmacopea española se consigna la siguiente fórmula para la preparación del bálsamo samaritano: Aceite común y vino tinto, de cada cosa 24 partes, y 2 de sumidades de romero; todo ello se expone a un fuego lento hasta que se consuma la humedad.

La quinta edición de nuestro Código ya lo suprimió. Pero este sencillo vulnerario figura en muchas Farmacopeas antiguas, y ciertamente no sin razón, pues las condiciones

de asepsia y de facilitar la cicatrización se completan en este medicamento, casi del dominio vulgar. El alcohol del vino y la esencia del romero no puede negarse que poseen propiedades antisépticas, y ciertamente producen muy buenos efectos.

Pensemos, pues, en que mucho de lo que antes estaba en vigor tenía sus fundamentos racionales, y el caso presente es una de las pruebas de que lo novísimo es a veces la reproducción de lo ya conocido, porque la indicación aséptica que hoy es la predominante estaba perfectamente satisfecha en este tradicional remedio.

El doctor Letamendi dijo en uno de sus aforismos: "Ante las decepciones de la materia médica novísima, procura buscar recursos en las ya olvidadas Farmacopeas. Sólo porque algo, y aun mucho de ellas murió, se enterró todo, aun sin averiguar si lo muerto estaba bien muerto."

Es una gran verdad. No desdeñemos lo pasado, porque quién sabe si alguna vez tendremos que volver los ojos a sus enseñanzas y escuchar sus advertencias. Hay entre lo viejo mucho respetable y existen valiosas joyas escondidas y olvidadas en los archivos.

(Del "American Druggist").

Recibos

A la masa popular, conferencia sociológica bajo los auspicios del Ateneo Sindicalista de Barcelona, leída por **Anselmo Lorenzo**, en el Teatro Español el día 13 de Julio de 1913. El incansable anciano principia así:

"Auspiciado por el Ateneo Sindicalista de Barcelona, me presento ante vosotros, no para deciros algo nuevo, sino para repetiros lo dicho millones de veces, que sin duda por no haber arraigado bien en la mente de los trabajadores, no ha determinado de modo suficiente su voluntad, ni ha desarrollado su energía

para convertirse en acción, en triunfo, en justicia práctica, en bellísima y bienhechora fraternidad.

Vengo a repetir una vez más que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, con la idea, con el deseo vehemente de que la repetición de aforismo tan verdadero e importante no caiga en el abismo de la indiferencia, sino que se convierta en agente de poderosa actividad.

Quisiera inculcaros de modo persistente la idea de que en el mal social que nos agobia no estamos exen-

tos de responsabilidad; o en otros términos: que si de él somos víctimas, también seremos culpables si a su extinción no dedicamos el pensamiento, la voluntad y la acción que a cada uno nos corresponde. Pensamiento, voluntad y acción grandes y poderosos en el individuo, como lo demuestran tantos grandes descubrimientos, obras trascendentales e instituciones generalizadas en todo el mundo por la iniciativa de un hombre. Recordad a este efecto que el hijo de un cardador de lana descubrió la América, que un copiator de manuscritos inventó la imprenta. Y si tanto pudieron esos hombres que pertenecían a una clase que en el argot científico-burgués de nuestros días se considera compuesta por los vencidos en la lucha por la existencia, ¿de qué no podéis y debéis ser capaces vosotros, multiplicando vuestra energía mental y volitiva, en virtud de la ley científico-natural de la ayuda mutua, por la solidaridad, que resuelve en fuerza consciente y avasalladora lo que todos piensan, lo que todos quieren, lo que todos hacen?

Pensad que mi excitación es urgente, y que si por ser mía no logra eficacia, hágase eficaz por voluntad vuestra, por determinación derivada de vuestra meditación sobre los problemas de la actualidad.

Invoco en mi apoyo la memoria del gran Costa, de aquel hombre ilustre por su talento y por su sinceridad, de quien puede decirse como preferente elogio que brilló por la honradez de su sabiduría en estos tiempos del privilegio en que el saber suele combinarse por despreciable utilitarismo con la hipocresía.

Hé aquí una afirmación capitalísima de Costa:

“Ha concluido el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios. No será ya desde hoy el poder una satisfacción: será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capito-

lio; quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios, puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no nos sirve. Necesitamos en el Gobierno “impersonales”: Bismarks inertos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark. ¿Los hay? Puede dudarse, aunque son muchos los que lo creen. Pero, de todos modos, no se lo preguntemos a nadie; inquirámoslo por nosotros mismos. Veamos si es verdad que hay un alma nueva en España y verbo que la sepa encarnar.”

En esa afirmación que parece el último refugio de la esperanza de un escéptico, se equivocó indudablemente, porque no hay, no ha habido, ni puede haber, ni habrá en la sucesión de los siglos un San Francisco Bismark autócrata o dictador de una nación, ni menos de la humanidad; porque si el sér humano puede derivar hasta llegar a ser un San Francisco o un Bismark, no puede llegar al imposible de rendir en un punto esos dos opuestos polos de la capacidad humana.

Costa, que concibió ese pensamiento; Costa el inteligente, el austero, el incorruptible, a haberse hallado en la integridad de su vitalidad e inteligencia hubiera sido incapaz de realizarle.

No hablemos de los actuales caudillos, jefes o jefecillos populares...

No; es inútil buscar un sér con forma de hombre y cualidades extrahumanas. En la Tebaida pueden hallarse hombres que practiquen el suicidio moral matando todas sus pasiones; pero no en el Capitolio, ni menos en estos tiempos en que la centralización del poder es inmensamente imposible. No puede existir; no ya el autócrata que resuelva a lo Felipe II los conflictos locales, regionales, nacionales, internacionales,

les, coloniales, religiosos, filosóficos, científicos, económicos, industriales, y otros mil que se presentan, sino ni el autómatas construido exprofeso por un Supremo Hacedor.

Costa lamenta la abulia popular y censura la inconsciencia de las clases directoras.

He ahí dos puntos importantísimos que constituyen el problema actual del mundo, y sobre los cuales no se fijó tal vez suficientemente el águila de Graus.

Porque lo que parece abulia popular es un estado psíquico transitorio en el desarrollo ascendente de lo pequeño a lo grande del programa de La Internacional; y lo que se tiene por inconsciencia de las clases directoras, quizá no es más que fatal incapacidad burguesa.

Téngase presente que el mundo material pertenece a los propietarios; que el agregado intelectual creado por los hombres de todos los países y de todas las generaciones pertenece a la generalidad de los privilegiados, y que de toda esa riqueza natural y social que se traduce en honores, poder, ciencia, arte, lujo, placeres, quedan excluidos, desheredados, los proletarios, los jornaleros, los sujetos al inicuo derecho de sucesión, los que trabajan por un jornal tamizado por la oferta y la demanda, los que en horrible y vergonzosa mayoría permanecen analfabetos, o emigran o mueren de inanición hasta en la vía pública de las grandes capitales.

La humanidad es una: todos los hombres, no ya como finalidad, sino como origen, como condición de existencia, son esencialmente hermanos, y fraternales han de ser sus relaciones.

No vive solo ni se aísla un hombre, ni una familia, ni una nación, ni una raza, ni género alguno de colectividad humana. En todo lo que interviene la acción de un hombre hay la acción de todos sus predecesores y la mayor parte de la de sus contemporáneos. En la idea que agita

mi cerebro, en la pluma con que trazo estas líneas, en el papel en que quedan escritas se halla contenida la historia de la ciencia y de la industria de toda la humanidad.

Y siendo así, la división que establece la propiedad es insostenible, es contra natura, y todo el que lamenta sus efectos sin rechazar sus causas pierde el tiempo.

Y esa división, tanto como en los hechos, vive en las inteligencias de los reformadores, en el temor de los poderosos, en la esperanza de los hambrientos, y contra ella, y, por tanto, en pro de la unidad humana sólo alza su voz el proletariado consciente, único agente progresivo de la época, que reivindica para todo el mundo la libre participación de todos, sin limitaciones ni exclusivismos, en el patrimonio universal."

Mecanismo del Universo (Dios, el mundo y el alma bajo un nuevo aspecto), por Víctor H. Tamayo (Barcelona, Casa Editorial Maucci). Leamos el prefacio que revela una buena intención:

"Es conveniente darse cuenta de la crisis moral porque atraviesan las civilizaciones modernas, poseídas en el momento actual de un desaliento semejante al que se produjo después de la muerte de Aristóteles, cuando la filosofía griega, desanimada y fatigada de las especulaciones metafísicas de Platón y de su discípulo, vio surgir la vergonzosa abdicación del pensamiento en aquellos pensadores que, como Pirrón, creían que la sabiduría teórica consistía en la suspensión del juicio; no afirmar ni negar nada; que, como Séneca, esgrimían el "sólo sé que no sé nada" o que como Arcesilao añadían: "y esto mismo no lo sé de cierto," y que, como Carneades, se ejercitaban en el sofisma, defendiendo un día la justicia y al siguiente la injusticia con la misma elocuencia y la misma fe aquélla que era una ausencia completa de fe.

La crisis actual, en un plano más

elevado del pensamiento, es una copia de la tragicomedia de aquellos filósofos. El materialismo científico, el positivismo o racionalismo contemporáneo, no ha podido desacreditar por completo la Metafísica; ha concluido por el contrario, revelándonos como una nueva concepción metafísica, tan débil para resolver los grandes problemas morales de que la naturaleza humana no puede prescindir, que poco a poco ha ido realizándose una reacción, no ya en el sentido de restaurar el ideal místico hecho añicos por la ciencia, sino en el de prescindir, simplemente, del ideal moral del materialismo. La inteligencia humana se encuentra así en las mismas condiciones del individuo que regala el único traje que posee al recibir otro que, después de ensayado, resulta no servirle, de manera que está obligado a permanecer desnudo. Esta desnudez es la crisis, intelectual y moral.

Existe en el hombre una necesidad imperiosa, irreductible, que ha existido siempre, en todas las razas y en todas las edades: la necesidad de explicarse el misterio del alma, del mundo y de Dios. El siglo XIX le hizo arrojar lejos de sí el dualismo al presentarle el monismo, la doctrina unitarista que surgía con el Renacimiento y ante la cual huían en fantástica desbandada las tinieblas del fanatismo de la Edad Media; el hombre, al abrir las manos para recibir la nueva doctrina, dejó caer al suelo su ideal místico, que se hizo pedazos; y ahora que la inteligencia humana se vuelve lentamente contra el ideal amoral del materialismo, ahora que el hombre abre sus manos fatigadas por el peso de una doctrina que es enemiga del propio hombre, que le niega su inmortalidad, que niega a Dios, que suprime toda causa final en la Creación, que condena al Universo a una eterna evolución en la que nuevos mundos y nuevas humanidades vendrán a substituir a éstos, destinados a desaparecer como aquellos que los subs-

tituyan, y así sucesivamente hasta lo infinito, esto, es, sin que haya habido principio ni pueda haber un fin, ahora, el hombre se ve desnudo, huérfano del ideal, poseído de la sombría tristeza que le inspira el convencimiento de que ni aquéllo que tenía antes ni lo que hoy rechaza han contenido la Verdad perseguida, la Verdad ansiada, la luz pura a cuya claridad el anhelo íntimo del alma sonría, como el niño en la cuna que se siente amado y que no conoce incertidumbre alguna en su porvenir.

Los grandes pensadores, los espíritus superiores sólo sufren en esta crisis como se padece durante una pesadilla, de la que al fin se despierta y en la cual hay a veces la intuición de que se está soñando, de que todo el malestar del ensueño desaparecerá al disiparse como un ensueño que es; las inteligencias privilegiadas pueden abrigar el íntimo convencimiento de que así como a aquella abdicación del pensamiento en el "sólo sé que no sé nada" sucedió la vigorosa filosofía Kantiana, la demostración, con el "que podemos saber", de la posibilidad de la ciencia y de la metafísica, así en el mañana puede una nueva filosofía sacudir y disipar el desaliento del siglo intelectual, y esta intuición les será suficiente para sentir bajo sus pies el punto de apoyo que esas grandes inteligencias reclaman imperiosamente, como reclama el cuerpo una base sólida en que mantenerse para no experimentar la angustia física de la caída. Pero los espíritus superiores son la excepción de la regla general; queda la gran masa anodina de que las sociedades, los pueblos y las naciones están formados, y la mediana o poca intelectualidad de esta gran masa no tiene punto de apoyo alguno. Y ella lo necesita, porque hasta ella llega vagamente como un rumor el malestar moral que provoca la crisis del pensamiento humano; el pueblo se da cuenta, sin ser pensador, sin co-

nocer la historia de la filosofía, sin poder apreciar qué alcance ético ha tenido la lucha entre la ciencia y las religiones, del fracaso metafísico del racionalismo contemporáneo; ha seguido con los ojos las maniobras de la intelectualidad, y se ha formado a su idea, una convicción del resultado de estas maniobras; ha visto a la ciencia apoyar una escalera en las nubes, subir al cielo y comenzar a arrojar sobre la tierra los dioses, muñecos de paja y trapo con figura de hombre que la teología movía y hacía pasar por divinidades. Y el pueblo ha aplaudido gozosamente, frenéticamente, al ver caer aquella lluvia de marionetas; congregado al pie de la escalera como se congrega frente a todos los acontecimientos, se ha identificado con la ciencia, ha comprendido intuitivamente la obra de sanidad que se efectuaba con la limpieza de la barbacoa celestial. Pero una vez que cayó al suelo el último muñeco, cuando la ciencia, desde lo alto, gritó: ¡Ya no queda nada aquí! el pueblo abrió los ojos desmesuradamente, permaneció con la cabeza levantada y las pupilas fijas en el firmamento; era que aceptaba de buen grado la revelación de que las religiones lo habían engañado y que la ciencia había hecho bien en vaciar el cielo, pero que esperaba que detrás de aquellas farsas, de aquellos símbolos pobres de una verdad maravillosa, la ciencia encontrara al verdadero Dios, ese Dios que le inspiraba el presentimiento, la idea intuitiva de que en la bóveda celeste se ocultaba realmente un misterio. Pero la ciencia volvió a gritar: ¡Aquí no queda nada, absolutamente nada; ya el cielo está vacío! Y a la vez que la ciencia descendía gravemente la escalera, la gran masa del pueblo se retiró silenciosamente, tristemente, después de tantas risas, tantos gritos, tanta algazara como había acogido la caída de los dioses antropomorfos.

Las religiones están vencidas, des-enmascaradas; pero el vencedor no

ha podido ofrecer a la inteligencia humana un ideal digno de ocupar la plaza del derrotado. Se ha derribado, pero no se ha construido, y, sin retórica alguna, la necesidad de edificar allí mismo donde se destruye es ineludible si se quiere que la destrucción produzca beneficio. La filosofía contemporánea no lo ha hecho así, aunque no por ello debe creérsela culpable de un delito, pues tiene tiempo todavía para construir el ideal que se le pide; pero el sentimiento popular se exaspera en la espera, porque el sentimiento no reflexiona, no se da cuenta de que para reconstruir un edificio es preciso derribarlo de antemano; de ahí el desamparo, la falta de punto de apoyo, la crisis del mundo moral.

En el pueblo, en las sociedades, en la gran masa intelectual se siente la necesidad de un ideal de acuerdo con los anhelos íntimos de la naturaleza humana, y como el espíritu filosófico contemporáneo no ha podido dárselo al arrebatarse el antiguo, he aquí a la gran masa que, falta de ese apoyo, cae de nuevo en las supersticiones; he aquí por qué, en pleno siglo XX, subsisten la magia y la hechicería, he aquí por qué hay aún cartománticas que adivinan el pasado y el porvenir y por qué los periódicos relatan con frecuencia los crímenes cometidos por sacerdotes o sacerdotisas del ocultismo; vuelve a creerse, en una palabra, en lo sobrenatural como se creía en la Edad Media, y las inteligencias no privilegiadas seguirán siendo supersticiosas mientras la crisis actual no se resuelva, mientras la filosofía no ofrezca a la humanidad el ideal que ella reclama y que hoy no puede encontrar en el espiritualismo ni en el materialismo.

Inspirada en esta convicción, esta obra no tiene otro objeto que el de mostrar al hombre un cielo vacío de dioses antropomorfos, pero lleno todavía de un misterio bellissimo, hacia el cual puede volverse los ojos y extender las manos con la esperanza de

que él podrá constituir, tal vez, el ideal cuya ausencia nos sume en la orfandad."

Ahora, lean el libro los aficionados a elucubraciones poéticas; pero cuidado con examinar de cerca la plattform en que se ha colocado el Autor: cuidado con no tomar a lo se-

rio los "grandes principios científicos" en que se apoya. Para que el misterio bellissimo no se derrita, precisa, pongamos un ejemplo, admitir que "el Universo no es eterno, antes bien se derrite con una velocidad vertiginosa", y precisa creer que tal "axioma" ha sido demostrado por Gustavo Le Bon.

Notas

Woodrow Wilson, antes de llegar a la presidencia de los Estados Unidos, publicó varios volúmenes de estudios y de discursos políticos, correctos y francos, cuya lectura sería en extremo útil a nuestros hombres de Estado. Wilson detesta las luchas personales y cuanto puede excitar las pasiones de las masas. Procura hablar sin amargura, con expresiones como esta: "los ricos son pobres hombres con más dinero," y evita toda discusión que sirva para atizar odios y hostilidades sociales. Su campaña contra los trusts es hija de una viril convicción muy bien manifestada en las siguientes palabras: "La riqueza de América no es obra de las ambiciones y de las energías de una clase favorecida; al contrario, ella depende de la intervención de hombres ignorados. Si un país renace incesantemente, es en virtud de lo que todavía es anónimo en él y no de lo que ya es glorioso y potente."

¡Cuán cierto! Todos los trusts, industriales o políticos, "todos ahogan esas fuerzas ignoradas y agotan las verdaderas fuentes de energía, anulando el desenvolvimiento de la iniciativa individual." "Queriendo abarcar demasiado y apoderarse de todo, quedan confinados en un círculo de ideas harto estrecho".

Semejante convicción es compartida por notables republicanos de diversas nacionalidades.

La sociedad de los **Amigos del Museum** de Historia Natural de Pa-

ris, celebró su reunión anual el 5 de Junio, bajo la presidencia del Príncipe de Mónaco. Tomamos del discurso presidencial: "La juventud debería encontrar aquí todo lo que facilita la adquisición de los conocimientos primordiales, necesarios al que se dice rey de los seres vivos; y el hombre maduro debería construir su filosofía en este palacio de la Naturaleza sobre los elementos más seguros para llegar a la vejez con la serenidad que da el espectáculo de la vida transformándose a través de las edades y sucediéndose a sí misma sin presentar jamás el cuadro de la muerte absoluta."

El Dr. **Julio Regnault** ha resumido ante el Ier. Congreso Internacional de Fisiología y de Anatomía comparadas los resultados de sus propios estudios y los de otros investigadores acerca de las causas determinantes del sexo. Veamos:

La determinación del sexo depende: 1o. de la madurez de los elementos sexuales (óvulos y espermatozoides) y, por consiguiente, del estado de sus reservas nutritivas; 2o. de la velocidad de los intercambios moleculares que se efectúan en los progenitores y, por consiguiente, del equilibrio más o menos perfecto de las secreciones internas reguladoras de tales intercambios.

La procreación de machos corresponde a mayor madurez de los elementos sexuales, a mayor escasez de sus reservas nutritivas y a mayor rapidez en los cambios moleculares.

La procreación de hembras corresponde a juventud de los elementos, a abundancia de reservas nutritivas y a lentitud de cambios.

Si esto fuera todo, podría entrecruzar la posibilidad de **favorecer** la procreación de este o aquel sexo modificando el metabolismo o la velocidad de los cambios moleculares en los padres, sea por la opoterapia, sea mediante sustancias tales como la lecitina, la colina o la adrenalina.

Lástima que el Dr. Regnault, al formular sus conclusiones, no tome en cuenta las leyes de la herencia del sexo, que aquí mismo hemos citado hace varios meses. Las que él llama **causas determinantes** son, a nuestro juicio, simples **condiciones favorables**.

Félix Le Dantec, profesor de la Soborna, ha sido encargado del preface de una edición de las Obras escogidas de **Lamarck** que aparecerá en la colección "**Les meilleurs auteurs classiques**" (Flammarion, editor.)

Lavoisier, el fundador de la química del Siglo XIX, y Lamarck, el más grande de los evolucionistas, nacieron con pocos meses de intervalo (años 1743-1744) y coincidieron en sus intentos colosales, aunque con muy desigual fortuna, como desigual fue el campo de sus actividades. Lavoisier murió joven, víctima de la Revolución, pero habiendo visto triunfar sus ideas: quedando establecido desde entonces que nada se crea ni se destruye en el juego de las acciones químicas y que las causas de los fenómenos que ocurren en los cuerpos brutos residen en estos mismos cuerpos y no en espíritus inmateriales. Lamarck murió viejo desconocido y despreciado, y ha transcurrido un siglo entero sin que sus doctrinas hayan llegado a generalizarse. Lamarck inauguró el sistema transformista y formuló los dos principios capitales de la evolución de los seres, sin preocuparse mucho de los

fenómenos secundarios en cuya consideración se extravió después gloriosamente el darwinismo. Estos dos principios son: el del desarrollo de los órganos por el **ejercicio y la costumbre** y el de la **transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos por ambos progenitores** a la vez (1).

Le Dantec funde estos principios en uno solo, sencillo y universal, el principio de la **asimilación funcional**, y termina el magistral preface haciendo notar que, por su método de generalización, por su tendencia a conceder al razonamiento un lugar preponderante, Lamarck se acerca más a los físicos que a los naturalistas. He aquí, en efecto, un trozo de la "Hidrogeología" en el cual Lamarck expone sus ideas al respecto:

"No se trata de proponer brillantes hipótesis fundándose en principios supuestos; esta manera de estudiar la naturaleza y de querer retrazar su marcha, rara vez adelanta nuestros conocimientos... ¿Pero deberemos siempre evitar la consideración de las cuestiones más importantes, para no ocuparnos más que en recoger sin cesar los pequeños hechos que se presentan, sin atravesarnos nunca a buscar los hechos generales, de los cuales son aquéllos los últimos resultados? **Los hombres de cortas miras no pueden entregarse sino a pequeñas cosas, y su número es siem-**

(1) Los naturalistas antilamarckianos (y desgraciadamente para Costa Rica en el número están casi todos sus profesores oficiales) descuidan en su argumentación superficial esta condición de **bilateralidad** tan genialmente entendida por Lamarck. Otras veces, con mayor superficialidad, si cabe, aplican a la herencia normal o **progresiva** las observaciones hechas acerca de la transmisión de los estigmas de **degeneración**, sin parar mientes en que esta transmisión es justamente lo contrario de la transmisión de un carácter de familia. Dichos estigmas alejan del tipo normal al descendiente, pero sólo mientras dura la influencia perturbadora que ha motivado la desviación. Tal influencia es generalmente la de un envenenamiento de las células sexuales, que se desarrollan en un medio anormal. Por esto se parecen tanto las degeneraciones "heredadas" y las degeneraciones "preoces, adquiridas en los primeros meses o años de vida. El alcoholismo de un niño, por ejemplo, provoca vicios de desarrollo análogos a los debidos al alcoholismo de los padres.

pre el que predomina. Ahora bien, como consecuencia de la estima que cada uno da a lo que puede hacer, los hombres ordinarios desprecian o desaprueban en general la consideración de los grandes objetos y de las grandes ideas."

"Por eso mismo—exclama Le Dantec—hay tantos que rechazan todavía hoy el sistema lamarckiano. La biología general es una ciencia sintética y difícil, reservada a un grupo de escogidos. Para la mayoría compacta (como dice Ibsen), compuesta de gentes medianas, el misticismo, el espiritualismo y el creacionismo son alimentos mucho más fáciles de digerir. A la cabeza de los libros que tratan científicamente de la vida, habría que poner como epígrafe lo que estaba escrito en la tienda de aquel mercader latino que pretendía no vender más que pescado de calidad superior: "non hic piscis omnium!" (1).

Las leyes de Mendel siguen a la orden del día.

El monje Mendel nació en 1822, en Silesia. Sus minuciosas investigaciones acerca de la hibridación no han sido bien apreciadas sino en los últimos años. Las leyes por él formuladas nos dan la clave del mecanismo de la herencia normal y pueden ser citadas para demostrar el eterno valor de los principios hijos de una cuidadosa experiencia y juiciosamente expresados. Demos al lector una idea del más sencillo de los experimentos capitales de Mendel.

Tomando una planta (guisante, por ejemplo) que ofrezca variedades bien fijas y cruzando dos de estas variedades que no difieran más que en un solo carácter (el color de las flores,

v. gr.), se observa que la generación nacida de este primer cruzamiento es siempre híbrida, pero de un solo carácter aparente. En otros términos, se observa que en la obra de un primer cruzamiento (guisantes de flor roja y guisantes de flor blanca, por ej.) hay siempre entre los caracteres cruzados uno que es **dominante** (flor roja, en nuestro caso) y otro que es **dominado** o **disimulado** (flor blanca), de modo que la generación nacida no parece híbrida (sus flores son rojas en nuestro ejemplo); pero se demuestra su hibridismo sembrando las semillas que produce. Así, sembrando las semillas de los guisantes rojos obtenidos mediante el cruzamiento de rojos con blancos, se obtiene una segunda generación compuesta de tres clases de guisantes: rojos puros ($\frac{1}{4}$ del número total) blancos puros ($\frac{1}{4}$ del total) y rojos híbridos ($\frac{2}{4}$ del número total.)

La purificación de las aguas potables por procedimientos puramente químicos o físicos vuelve a gozar de buen crédito. Se siente en este momento cierta desilusión frente a los métodos biológicos tan en boga en los últimos 15 años.

Purificación mediante el ozono, purificación mediante los rayos ultravioletas de las lámparas mercuriales y purificación por el hipoclorito de cal: tales son los procedimientos físico-químicos mejor aceptados. El procedimiento al hipoclorito parece ser, por ahora, el más sencillo y barato de todos. 1 litro de cloro, poco más o menos, asegura sin el menor peligro la purificación de 1000 litros de agua. Una superficie rectangular de 10×15 metros basta en New York para tratar 1 millón y medio de metros cúbicos de agua por día. Montreal posee ya una instalación semejante.

Elías Jiménez Rojas

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

En la LIBRERIA FALCÓ

Se han recibido las siguientes obras nuevas de la popular BIBLIOTECA DOMENECH.

POR LA VIDA, por J. Pous y Pagés.

LAS ROCAS BLANCAS, por Eduardo Rod.

ALMAS EN PENA, por Bjornstjerne Bjornson.

EROTICA, por B. Morales San Martin.

RELATO DE UN NIHILISTA, por Anton Tchekov.

EL CUPON FALSO, por León Tolstoi,

DEL HUERTO PROVINCIANO, por Gabriel Miró.

EL SECRETO DEL AHORCADO, por Carlos Dickens.

BALADA, por R. Sánchez Díaz.

EL ABISMO, por Carlos Dickens y W. Collins.

Estas obras lujosamente empastadas se venden a 4 reales el tomo

Acusando recibo

La Guerra de los Balcanes, por José Brissa.—La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, que cultiva la nota de actualidad con acierto, acaba de poner a la venta el interesante libro cuyo título precede.

Es *La Guerra de los Balcanes* una reconstitución informativa de la sangrienta campaña que ha tenido a Europa durante tanto tiempo pendiente de su desarrollo y desenlace y que ha determinado la derrota de Turquía.

Pocas guerras como ésta tan sangrientas y feroces. En ella ha luchado el odio de razas y religiones acumulado durante muchos siglos y en ella se ha puesto de relieve la potencialidad mortífera de los modernos armamentos, la barbarie de

estas luchas humanas y el casi fracaso de los esfuerzos pacifistas.

En el libro que nos ocupa, escrito con cuidado, puede seguirse desde su gestación los trágicos episodios de la ruda contienda, el avance arrollador de los vencedores, las peripecias de las batallas y los arduos trabajos de la diplomacia, hasta la ansiada paz, cuyos preliminares, como sabemos, fueron firmados en Londres el día 30 del pasado mayo.

Ilustran esta importante obra, más de 150 grabados fotográficos y un mapa plegable, y lleva una cubierta en colores, original del pintor M. Navarrete.

Precio de la obra: 0.50 en todas las librerías.

Adoptado.

“LA LINTERNA”

REVISTA ILUSTRADA DE CRITICA SOCIAL

Es una publicación semanal ilustrada de jovialidades y crítica social. Colaboran conocidos escritores. Tiraje 4.000 ejemplares. Si quiere pasar un rato feliz no deje de comprarla todos los viernes. Precio: 10 céntimos el número.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOL y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Victor Catalá.
Dios salve a la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El refugio, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne.
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.